



Té con masas

Natalia Addiechi

Desde que se había ido de casa nos encontrábamos en alguna confitería: así sentía que cumplía con su deber de padre. Llegaba diez o quince minutos más tarde que yo, con alguna revista: antes era la Humor, después fue la Noticias, adentro escondía la Palermo. Yo, por supuesto, ya había pedido el té con masas. Él se pedía un té solo que casi tomaba de parado y picoteaba unas cuantas masitas que no tuvieran chocolate, por el hígado. Conversábamos una media hora: me preguntaba por la facultad, si necesitaba plata para apuntes o si quería que me comprara algún libro en Buenos Aires –sabía que la mandaba a Miriam, la secretaria, que él ni siquiera se molestaba pero que se ufanaba de haber pateado la Corrientes buscándome un incunable, que por cierto no lo era: le mentía, no sé por qué-. Él pagaba y lo veía alejarse en un taxi: había dejado el auto en el Hipódromo y se volvía porque tenía una fija. Siempre tenía una fija o tenía que ir a la oficina o a Buenos Aires o a encontrarse con la puta de turno. Yo me terminaba las masitas.

Sin embargo, esta vez él ya estaba ubicado en una mesa del fondo, lejos de la cocina, por los ruidos, y del baño. Nos habíamos citado en el café Viena. “Un té con lemon-pie”, dije al mozo. Me gustaba el lemon-pie más que las masas. Él cerró el Clarín y levantó la tapa de la tetera para cerciorarse de que el té tuviera ese amarronado rojizo que a los dos, increíblemente, nos unía. Lo miré llenarme la taza y llenarse la suya: algo andaba mal: era domingo a las cinco de la tarde y se había largado la sexta. Me ofreció azúcar; agitó tres sobrecitos, los abrió por la punta y dejó que el azúcar se deslizara dentro de la taza. Fingí no prestarle atención.

Hacía casi dos meses que no nos veíamos, viviendo en la misma ciudad, a diez cuadras de distancia. Pedirle que se hiciera un hueco para verme era absurdo. A veces, de más chica, me iba hasta el Hipódromo; otras me sentaba en la sala de espera de la oficina como si fuera un cliente cualquiera; muchas me subía al auto, con la excusa de algún trámite, y conversábamos mientras él

manejaba hasta Buenos Aires, cuando me bajaba, me iba en subte a Constitución y me volvía en tren a La Plata.

Él revolvió el té y arrimó la taza a los labios. Nunca los apoyaba cuando comía afuera, y con las servilletas frotaba los cubiertos: las cosas están mal lavadas, decía. Como se quemó, bajó la taza.

-¿Querés? – le corté la punta a la porción de lemon-pie.

-No, gracias, mi amor –hundió la mirada en el merengue.

-Mmm... está bueno, probá –le acerqué el tenedor y abrió la boca como un nene.

-Sí, está rico –había algo en la voz.

-¿Te pido uno?

-No.

-Qué milagro verte un domingo... ¿Sabés?, creo que... no recuerdo un domingo con vos... ¿Qué pasó? ¿Hoy no hay reunión?

-Sí. Sí. Hoy corre un hijo de Friul en la última: va al frente. Paga bien porque lo venían frenando –el entusiasmo le borró la seriedad.

-¿Y te parece que hoy, con pista pesada...

-Sí.

Saqué veinte pesos de la cartera: -Jugáme unos boletos.

-No voy a ir.

Sorbí y me quemé el esófago. Lo miré: agregaba azúcar, ojeroso y más flaco, tampoco hablaba. Entonces comí el lemon-pie sin saborearlo y él revolvió; yo me limpié los labios con la servilleta y él siguió revolviendo.

-¿Tus hijos? –dejó la cucharita en el plato.

-Bien, creciendo... enloqueciéndome... Tengo que correr detrás de ellos para que no rompan nada o no se lastimen. La semana pasada me vaciaron los estantes de abajo de la biblioteca. No se les puede sacar los ojos de encima... Bueh... son chicos...

-Los hijos necesitan tiempo, ¿no? – hizo una mueca: una sonrisa trágica.

-Sí.

Volvió a tomar; agarré los sobrecitos usados y empecé a cortarlos y a hacer bolitas de papel.

-Estás enfermo, ¿es eso?

Escondió los ojos en la taza vacía.

-¿Por qué vamos a vernos un domingo si no?

Se sirvió el resto de té. Quise preguntar cuánto tiempo le quedaba pero sonaba horrible.

-¿Cuánto te queda?

-Mozo, -lo llamó- otro té para dos, por favor, con masas.

Me levanté.

-No estoy enfermo.

Volví a sentarme.

Tal vez mintiera, no lo sé.

En realidad, me daba lo mismo, porque el arrepentimiento es un invento del catecismo. Tal vez, estando enfermo, sería más digno, o más genuino y terrible.

-¿Sabés?, viejo, siempre quise que me dieras una hija...